

TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA

ENDA



erein

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Diseño de interior:

Iturri

Maquetación:

Erein

Ilustración y diseño de cubierta:

Aritz Albaizar

© Toti Martínez de Lezea

© EREIN. Donostia 2014

ISBN: 978-84-9746-938-8

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus

Imprime: Gertu inprimategia

Zubillaga industrialdea, 9

20560 Oñati, Gipuzkoa

T 943 783 309 F 943 783 133

e-mail: gertu@gertu.net

www.gertu.net

La criatura nació una noche en que la luna se volvió roja, presagio seguro de terribles males que asolarían Tierra de Enda. Su madre sintió los dolores del parto en el momento en que la luz del día se apagaba y la diosa de la noche asomaba enrojecida en la bóveda celeste. Aterrorizada, la mujer salió del poblado y se refugió en el cercano bosque de Orba para dar a luz bajo las ramas inclinadas de un haya. Allí, acompañada por el ulular de las aves nocturnas y el crujir de la naturaleza, iluminada por la rojiza luz del astro nocturno, nació Endara sobre el suelo alfombrado con las hojas del árbol sagrado. Tenía abiertos sus ojos oscuros, del color de la noche, y miró a su madre justo cuando esta cerraba los suyos para siempre, aunque aún tuvo fuerzas para acercarla al pecho y alimentarla con su propia vida.

El compañero y padre las encontró a la mañana siguiente; creyó que las dos habían muerto y levantó los brazos

hacia el cielo, cerrando los puños y apretando las mandíbulas para no gritar su desesperación. Se percató de que su hija estaba viva al recoger los cuerpos para llevarlos al poblado. La niña le miró con sus enormes ojos negros, y él sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal. Aquella criatura no era como las demás, eso estaba claro; no lloraba, tenía la piel extremadamente blanca y el cabello negro, no la pelusilla de los recién nacidos, aunque lo que le cortó el aliento fue su mirada oscura, pues tuvo la impresión de que no solo le miraba, sino que también lo veía. La mujer fue incinerada aquella misma noche a la luz de la luna, alba de nuevo. Los ruegos y los cantos se elevaron hacia lo alto, y la pira se encendió junto a la cueva donde serían depositadas sus cenizas para renacer de nuevo del vientre de la Diosa, la poderosa madre de todo ser vivo, humano, animal o planta; madre también de la luna y del sol; madre de los mares y de las montañas, vientre fértil, naturaleza, vida. Endara fue entregada a una nodriza, y el padre se unió a otra mujer, tuvo otros hijos, y olvidó que también tenía una hija.

Quince inviernos habían transcurrido desde entonces, y la niña se había convertido en una muchacha a quien los habitantes del poblado temían y miraban con recelo, a pesar de que nada de lo que ella dijera o hiciera fuera diferente a lo que decían o hacían los jóvenes de su edad. No olvidaba la noche en que llegó al mundo, la luna roja de sangre, la muerte de su madre al darle a luz, el oscuro color de su mirada, signos todos ellos de que no era igual a los demás. Entre los cuchicheos, a veces, se escapaba la palabra “hechicera”, aunque nadie se atreviera a decirlo en voz alta, por si acaso resultaba ser cierto. Creció sola, sin amigos, sin caricias, sin

amor. Dormía en el cobertizo comunal en compañía de las cabras cuya leche le alimentaba, aunque también comía castañas, frutas silvestres o manzanas que alguien le tiraba de vez en cuando como a un perro hambriento, y vestía viejas túnicas que sus dueñas no querían. Sin embargo, nadie en el poblado recordaba haber conocido a una joven de hermosura similar, una belleza que causaba estupor a quienes la miraban. Vestida como una mendiga, y pese a estar todo el día al aire libre, su piel seguía siendo igual a la nieve recién caída, en contraste con su largo cabello negro como ala de cuervo, y, sobre todo, con sus ojos, pedazos de noche, de mirada insondable. Para consolar su soledad, la muchacha acudía a menudo al bosque, cuna de su nacimiento, y bailaba alrededor del haya que las había protegido a su madre y a ella. La música sonaba en sus oídos, solo para ella; giraba, movía los brazos al compás de un son inexistente, y eran los únicos momentos en los que sentía algo de felicidad. Acostumbrados a su presencia, los animales del bosque se acercaban al árbol al escuchar el roce de sus pies entre la hojarasca y permanecían inmóviles, contemplando su danza y dejándose acariciar por ella. Quizás porque las personas rechazadas desarrollan otros sentidos, Endara acabó por entenderse con ellos, sin palabras, solo por sus miradas, por el movimiento de sus orejas y hocicos, por la forma de patear el suelo. Y también ellos aprendieron a conocerla y a saber cuándo estaba contenta o cuándo, por el contrario, se sentía la más desdichada de las criaturas humanas.

Ocurrió que una noche, en que se hallaba durmiendo en el cobertizo de las cabras, entró un hombre del poblado y, sin decir palabra, se echó encima de ella con intención de

violentarla. La joven se despertó sobresaltada, pero él la tenía asida por los brazos y apenas podía moverse.

—¡Ayuda! —gritó.

Como si hubieran entendido su súplica, las cabras comenzaron a balar y el macho cabrío, rey de la manada, se lanzó contra el intruso clavando en él sus largos cuernos cuales lanzas bien afiladas haciéndolo huir. Al poco, el poblado entero estaba delante del cobertizo y escuchaba las explicaciones del hombre corneado, quien aseguraba que había ido a ordeñar a una de las cabras, y que la “hechicera” había ordenado al macho que lo atacara. La joven escuchaba atónita las palabras de su agresor y, lo peor, veía que sus vecinos lo creían y la señalaban con un dedo acusador. Buscó con los ojos al padre, pero no encontró ayuda alguna en la pétrea mirada; tampoco la encontró en sus hermanos y hermanas, ni en la mujer que la había amamantado. Decidió por tanto abandonar el lugar donde había nacido, y echó a andar. Entonces se produjo un hecho asombroso. El macho cabrío se colocó delante de ella mientras el resto de la manada la rodeaba, como un ejército de guerreros protegiendo a su señora, y de esta manera salieron del cobertizo, causando asombro y temor entre los presentes, que se apartaron de su camino para dejarla marchar. Al llegar al bosque, los animales regresaron al cobertizo. Endara durmió aquella noche bajo el haya testigo de su nacimiento, decidida a partir al amanecer hacia el norte, a la búsqueda de un lugar donde vivir en paz.

El silencio se quebró tan pronto como las primeras luces del día atravesaron el ramaje e iluminaron la alfombra de hierba humedecida por el rocío. Los gritos despertaron a la muchacha, quien, en un primer momento, creyó que se trataba

de un mal sueño; luego se le ocurrió que los habitantes del poblado venían a matarla, y se hizo un ovillo a la espera del primer golpe. Pero nadie la golpeó, y los gritos continuaron, cada vez más angustiosos, al tiempo que llegaba hasta ella un fuerte olor a madera quemada, y abrió los ojos. Un denso humo la rodeaba, y una manada de ciervos asustados pasó por su lado al trote. Por un instante pensó en correr tras ellos, pero no lo hizo y trepó a las ramas del árbol con intención de averiguar lo que estaba ocurriendo. Desde su otero apenas podía avistar algo más que el fuego que ascendía por encima de las cabañas del poblado y la columna de humo que se mezclaba con las nubes cargadas de lluvia. No sería raro que hubiera un incendio. El viento expandía a menudo las chispas de las hogueras y quemaba las pajas de las techumbres, aunque, en esta ocasión, había algo más que no era capaz de discernir. Gritos atribulados se mezclaban con unos aullidos feroces que le helaron la sangre. Al cabo de un rato, sintió que la tierra retumbaba y, asustada, se abrazó a una rama curvada adoptando su forma, mimetizándose con ella, de tal forma que únicamente una observación detenida habría podido descubrirla. Vio pasar por debajo de donde estaba un numeroso grupo de jinetes cuyos rostros no pudo distinguir bajo los cascos de hierro, pero sí las hachas y espadas ensangrentadas que alzaban por encima de sus cabezas. También escuchó clamores de victoria en una lengua desconocida y hubo de asirse con fuerza a la rama del árbol para no caer, tal fue su impresión. Permaneció largo rato en la misma posición, hasta que la calma volvió a adueñarse del bosque. Miró entonces hacia el poblado. Apenas había ya rastro del fuego, si bien el humo era todavía visible. No se oía nada, y

aquel silencio era aún más aterrador que los gritos de angustia escuchados con el corazón sobrecogido. Le costó decidirse, pero, finalmente, bajó del árbol y casi se arrastró hasta las proximidades del poblado, ocultándose tras los matos, atenta a cualquier ruido, temerosa de encontrarse con alguien.

Primero fue uno, luego otro y otro, todos, hombres, mujeres y niños, yacían muertos en el suelo encharcado con su sangre; criaturas en brazos de sus madres, niños con las cabezas separadas de sus cuerpos, mujeres con las faldas levantadas y las piernas ensangrentadas, hombres con los cráneos partidos en dos, ancianos degollados cuyos ojos abiertos mostraban aún sorpresa por su propia muerte. El padre colgaba de una cuerda, sin brazos ni piernas, la hermana se había desangrado un poco más lejos, al hermano le habían cortado la cara por la mitad. La mirada oscura de Endara se tornó en un pedazo de carbón ardiente al reflejarse en ella la sangre de los suyos, porque suyos eran. Eran su familia, su gente, su clan, aunque no la quisieran y la hubieran mantenido apartada. No lloró, pues había aprendido desde una edad temprana a contener sus emociones, pero juró no olvidar jamás la terrible visión, arrancó un cuchillo clavado en el corazón de un muchacho y lo limpió con su vieja túnica. No era sabio permanecer en el lugar por más tiempo; los asesinos podrían regresar y harían con ella lo mismo que con su familia y el resto de los habitantes del poblado. Cogió unos panes de harina de castañas que encontró en el horno comunal y una capa de lana en sorprendente buen estado, y volvió a tomar el camino del bosque sin echar la vista atrás. Escuchó un ruido al llegar a la altura del haya y apretó la empuñadura del cuchillo. El fuerte hedor era inconfundible

y, por entre unos arbustos, asomó el macho cabrío que la había defendido la vispera. Ambos se miraron, y se entendieron. La muchacha recordó haber visto también algunos animales degollados en el poblado, así pues, el macho y ella estaban igualmente solos, y juntos continuaron adelante.

Caminaron a través de bosques que parecían no tener fin sin que Endara sintiera temor alguno, pese a que nunca antes se había adentrado por territorios desconocidos. Le reconfortaba la presencia a su lado del macho cabrío, que mantenía alejados a osos y jabalíes y que no se separaba de ella en ningún momento. Las fuentes y las claras aguas de los riachuelos apagaban su sed y había momentos en que el animal se detenía ante un arbusto o un árbol, y ella siempre encontraba algo que comer: bayas, avellanas, higos, moras; su guía, sin embargo, no probaba bocado. Buscaban el abrigo de un haya, un fresno o un roble al llegar la noche y la muchacha se dormía escuchando el rumor de las hojas, el aleteo de los pájaros y el ulular de las lechuzas bajo la vigilante mirada de su acompañante. No olvidaba el final de su gente, pero cada vez más sentía que el padre y los demás tenían razón al pensar que ella no era como los demás. Solo habían transcurrido unas jornadas desde el terrible final de sus familiares y, no obstante, tenía la impresión de que aquello había ocurrido mucho antes, en un paraje lejano, como si lo hubiera soñado o alguien se lo hubiera contado en lugar de haberlo visto con sus propios ojos. Ella era hija del bosque, en él había nacido, en él se había refugiado y en él caminaba ahora sin sentirse extraña. Levantó la vista hacia las ramas de los árboles que apenas dejaban atisbar el cielo, tropezó y cayó torciéndose el tobillo. No podía caminar y miró al macho cabrío;

el animal hizo un gesto con la cabeza, como si fuera un saludo, o un adiós, y se marchó. Lo vio desaparecer en la espesura, sorprendida ante el súbito abandono, pero no se lo reprochó. A fin de cuentas era la ley de la Naturaleza que solo sobrevivieran los más fuertes, y ella no lo era. Se arrastró hasta el riachuelo cuya senda habían seguido desde el inicio de la marcha, introdujo el pie lastimado y contempló su rostro en las aguas cuyo tranquilo transcurrir parecía haberse detenido en aquel mismo instante. No se reconoció en la mujer que le devolvía una mirada segura y amable a la vez, y que daba la impresión de llamarla desde el otro lado del reflejo.

El sonido del galope de un caballo rompió el momento de arrebatamiento, y Endara sintió que se le erizaba el vello de la piel. ¡Allí estaban de nuevo, los asesinos de su pueblo! Y esta vez no podría encaramarse a un árbol sagrado. Asió el cuchillo que llevaba sujeto a la cuerda de la cintura, dispuesta a clavárselo al agresor o, en todo caso, a matarse antes de caer en su poder, y se tumbó en el suelo, intentando ocultarse bajo las hojas de un gran helecho que crecía junto a la orilla del riachuelo. El galope se escuchaba más cerca por momentos, y cerró los ojos. Sentía la presencia del animal a su lado, su aliento, y esperó el ataque del jinete, pero volvió a abrir los ojos al cabo de un rato al no escuchar ninguna voz, ningún ruido. Grande fue su sorpresa al comprobar que allí no había nadie, solo una hermosa yegua blanca, el caballo más extraordinario que había visto nunca. Los del poblado eran de pequeña alzada, fuertes para tirar del arado y buenos para luchar cuando se presentaba la ocasión, pero este tenía unas patas largas y una hermosa crin que el viento agitaba. Mayor fue aún su sorpresa al ver que se arrodillaba a su lado

sin dejar de mirarla, como si la estuviera invitando a montar. Alargó la mano sin tenerlas todas consigo y le acarició la testuz; la yegua respondió dándole un suave topetazo con la cabeza. Al rato, cabalgaban a la carrera. Los cabellos al viento, las hojas de los árboles rozando su rostro, Endara se sintió una con su montura, y fue tal la emoción que una risa alegre brotó de su garganta y el eco se escuchó en cada rincón del bosque. Fue la primera vez en su vida que rió, y el sonido de su propia risa le hizo sentirse libre.

Era ya de noche cuando el animal detuvo su veloz carrera, se arrodilló para que ella pudiera apearse y desapareció en la oscuridad, dejándola sola en un lugar extraño. Decidió no aventurarse y permanecer en el mismo sitio hasta la llegada del día. Si la yegua blanca la había llevado hasta allí, alguna razón habría; se hizo un ovillo envuelta en la capa de lana y se quedó dormida. Al despertar, bien entrada la mañana, abrió la boca estupefacta; ni en sus sueños más fantasiosos habría imaginado algo similar. Lo primero que le vino a la cabeza fue que estaba muerta. Había oído hablar de un lugar maravilloso a los viejos del poblado, cuando se reunían alrededor del fuego para contar historias y ella los escuchaba desde el cobertizo, temerosa de que enmudecieran si se aproximaba a la hoguera. Hablaban de la vida tras la muerte, de un paraje prodigioso a donde iban los espíritus antes de renacer del vientre de la Diosa. No podía tratarse de otro que aquel en el que ahora se encontraba, las entrañas de una montaña cubierta por una vegetación exuberante que abrazaba la fuente de la vida, una cascada de lágrimas que iban a caer a una poza de aguas transparentes verdes y azules, una gema engarzada en Tierra de Enda cuya visión le cortó la respiración.

Todos, todos los árboles venerados por su pueblo se hallaban allí: robles, hayas, fresnos, olmos, serbales, sauces, espinos. Aquel era un lugar sagrado sin duda alguna. Tardó un rato en recuperarse de la impresión y, después, no vaciló; se desprendió de la túnica y se introdujo en la poza.

No sintió frío, tal fue la sensación de paz y armonía que la invadió al contacto de su cuerpo desnudo con el agua helada. Muy al contrario, la inmersión fue un bálsamo que hizo desaparecer el dolor de su tobillo, y también cerró la herida que la soledad había enquistado en su espíritu. Volvía al vientre materno, mecida en el silencio del fluido esencial, para nacer de nuevo al igual que las plantas renacían tras el invierno. La Diosa le ofrecía una segunda oportunidad. Ya no era ella, era una lamia del agua que peinaría sus cabellos con un peine de oro a la espera de la llegada de un pastor a quien amar; hasta que él descubriera sus pies y huyera de ella. Los ancianos del poblado también hablaban de las lamias, doncellas misteriosas de extraordinaria belleza con cuatro dedos en cada pie, unidos por membranas como las de los patos y gansos. Dicho pensamiento la despertó de su ensoñación, y trepó a una roca. Sus pies no habían cambiado y, por segunda vez, escuchó el sonido de su propia risa, aunque en aquel momento, allí, en la poza sagrada, sintiera que, en verdad, era una lamia. Se tendió sobre la roca, aspiró el aroma de la Naturaleza y se dejó acariciar por los rayos del sol de un cálido día de otoño. Hasta que una sombra se interpuso entre ella y el astro solar. Un águila volaba en círculos por encima, muy cerca, como disponiéndose a atacarla; dio entonces un par de vueltas más y se elevó para desaparecer por encima de la pared rocosa que protegía el valle cual muralla inexpugnable,

a la vez que emitía un chillido que acalló el piar de los pájaros anidados en los árboles. Endara presintió que el ave y ella ya se conocían, y que volverían a encontrarse.